

yes. Nada cuesta obedecer al que ha oído las palabras de Jesucristo: «El que quiera venir en pos de mí, niegue-se á sí mismo como yo (1): hágase obediente como yo: pase derramando bienes como yo, á fin de conservar en la sociedad del tiempo una imagen de la sociedad eterna.

Desde el momento que el hombre renuncia su orgullo y su egoísmo, que es lo que Jesucristo nos manda renunciar, nace la union, nace el orden: ya no depende más que de Dios. San Pablo nos dice: «Todos estamos sometidos á las potestades superiores, porque toda potestad viene de Dios, y él es el que lo ha ordenado. Por ello, el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. El príncipe es el representante, el ministro de Dios para el bien. Es necesario, pues, continúa el Apóstol, que le esteis sometidos, no por el temor, sino por un deber de conciencia; por la caridad. Dad á cada uno lo que le es debido: tributo á quien se debe el tributo; á quien temor, temor; á quien honra, honra. No debais nada á nadie, excepto el amor, que es debido á todos; porque el que ama á su prójimo cumple la ley (2). ¿Sabéis á quién dirige San Pablo estas palabras? A los orgullosos romanos, al pueblo que vivía con más ideas de dominacion y de independencia.

Así enseña el Catolicismo la obediencia por la union de voluntades, por la caridad. De la misma manera, Jesucristo, en su palabra y en su ejemplo, se hace modelo y maestro de los que mandan. Los príncipes de las naciones, dice á sus discípulos, dominan sobre ellas: vosotros no lo hagais así, sino más bien el que quiera ser mayor, sirva á todos; el que quiera ser el primero, sea

(1) Luc. IX, 23.

(2) Rom. XIII.

siervo de todos, á imitacion del Hijo del hombre, que siendo Dios, no vino á reinar con el egoísmo, haciéndose servir, sino con la humildad, sirviendo á todos, y con la caridad, amando á todos hasta morir por ellos (1). De este modo, Señores, el trono del rey, la silla del juez, la cátedra del sábio y todo lugar de autoridad es un altar, donde el que lo ocupa se da todo por Jesucristo, se sacrifica todo por el bien de los demás; y los miembros todos del gran cuerpo, sacrificando sus bienes, su poder, su inteligencia y su vida por el bien comun, realizan el bello ideal de la perfeccion y de la felicidad social. No la busqueis fuera del sacrificio y de la union por la caridad que inspira el Catolicismo, y que quitando su dureza á la dominacion y á la sumision su bajeza, lo ennoblece todo con la pasion del amor, y enseña ser el más grande aquel que, desprendido de su egoísmo y consagrado sin reserva al bien de sus hermanos, vive para servirlos, muere para salvarlos.

Concluyamos la demostracion viendo en la sagrada Eucaristía la fuente inagotable de esta caridad, y por consiguiente, el más sólido fundamento de la union y de la felicidad social.

SEGUNDA PARTE.

Todos los siglos han reconocido que solo el catolicismo es el árbol que produce la caridad, fruto que da vida social. Recordemos dos testimonios de esta verdad. Juliano Apóstata, consagrando todo su poder á resucitar el

(1) Matth. XX, 25 ad 29.

politeísmo y á darle un principio de vida, para con ello borrar de la tierra hasta la memoria de Cristo, repetía con frecuencia á los que le rodeaban y servían de instrumentos para realizar sus designios: «Tratemos de imitar á los discípulos del Nazareno: ved, ved cómo se aman (1).» Dió testimonio de un hecho grande y sublime que le descubría la fuerza social del Catolicismo; pero no pudo reproducirlo fuera de él, como quisiera, para arruinarlo, oponiendo potencia á potencia. El amor verdadero, que hace olvidarse de sí mismo al amante para que se refunda en el amado, no lo engendra el hombre. Ni los filósofos con sus sistemas, ni los Césares con su poder, pudieron ni podrán hacerlo, porque no son dueños de los corazones. Es obra de Dios, que es caridad (2); es obra de Dios, en cuya mano está el corazón del hombre. Solo el que permanece unido á Dios, vive de la caridad.

El otro testimonio es más reciente, escapado también, como á su pesar, de la pluma del mayor enemigo del Catolicismo; de Voltaire. En su Ensayo sobre las costumbres, dice: «Todas las comuniones separadas de la Iglesia Romana no han podido imitar, sino muy imperfectamente, la caridad generosa que la caracteriza (3).» Tiene mucha fuerza esta confesión salida de boca del hombre que juró acabar con la obra de Jesucristo.

Este carácter constante de la Iglesia católica, manifestado por millares de hechos que brillan en la historia de los siglos, debe tener un origen superior; debe tener

(1) Julian., Epist. 49. Ya también en tiempo de Tertuliano reconocían esto mismo los gentiles, los cuales, hablando de los cristianos, decían: *Vide ut invicem se diligant, et ut pro alterutro mori sint parati.* (Tertul. Apolog., cap. 39.)

(2) I Joann. IV, 16.

(3) Voltaire: Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.

un manantial divino, cuyas aguas conserven la lozanía del fruto y del árbol á la vez. Ese manantial, hermanos míos, lo ha poseído la Iglesia, lo posee, y jamás podrá serle robado. Lo tenéis á la vista: es la sagrada Eucaristía. Ella sola posee ese tesoro, y en él el conjunto de toda la religión, el alma del Catolicismo. Tres misterios principalmente constituyen el Catolicismo: la Encarnación; Dios que se acerca al hombre, Dios unido á la naturaleza humana: la Pasión; Dios inmolado por el hombre: la sagrada Eucaristía; Dios unido, estrechado cuanto es posible estarlo en la tierra, con cada hombre que lo quiere. El amor es el principio de estos tres misterios, que son la manifestación del amor de Dios al hombre, y en el de la Eucaristía se resumen los otros dos, porque es la Encarnación perpetuada, el sacrificio continuado; es la Encarnación y el sacrificio llevados al último extremo por el amor que los produce.

La sagrada Eucaristía, con relación al hombre que la recibe, se llama Comunión, unión común, unión de Dios y del hombre, comunicación de Dios al hombre, para que el hombre, embebido en Dios y hecho como Dios, se una también al hombre su hermano, y se realice el gran designio de Jesucristo: *Ut sint unum, sicut et nos*; y se realice por la caridad: *Ut diligatis invicem*. Las sectas no tienen esta savia vivificadora, porque no tienen el tronco hermoso de donde procede; no tienen la vid de Jesucristo. Son sarmientos cortados de la vid, y no producen fruto, porque Jesucristo lo dijo: «No podéis producir si no permanecéis en la vid; el que permanece en mí y yo en él, ese es el que produce fruto en abundancia; porque sin mí nada podéis hacer (1).» «Esos hombres no poseen

(1) Joann. XV, 5.

á Jesucristo; no quieren que esté entre ellos; lo rechazan negando su presencia en el Sacramento adorable, y lo conservan solo como un recuerdo. Para ellos, la Encarnacion es un hecho aislado. Jesucristo pasó por la tierra como otro cualquiera, y volvió al cielo, dejando á los hombres la libertad de creer lo que quieran acerca de su persona y de su doctrina. La pasion para ellos, es un hecho histórico, una redencion nominal: la Eucaristía, una figura, una representacion sin objeto, una sombra sin realidad; la Comunión, una pura ceremonia, ni aun el nombre de Comunión les merece; llámanla Cena. No es ni puede llamarse de otra manera, porque no hay allí union de Dios con el hombre, ni principio de union de los hombres entre sí. Solo la Iglesia católica posee á Jesucristo; solo ella se alimenta de Jesucristo; solo ella vive de la vida de Jesucristo.

El modelo de toda sociedad perfecta entre los hombres, hemos dicho antes, es la de las Divinas Personas entre sí; la del Padre con Jesucristo, la de este con su Iglesia, la de Dios con el hombre. Ese modelo está siempre entre nosotros en la sagrada Eucaristía. Ahí se nos explica esta sociedad; ahí se nos revela y se nos infunde su espíritu. Recordad que Jesucristo en la última cena oró, diciendo: «Guárdalos, Padre Santo, para que sean una misma cosa, como nosotros; para que todos caminen en unidad, como tú en mí y yo en ti. Yo en ellos y tú en mí, para que permanezcan en la consumacion de la unidad (1).» Notad que esta oracion fué hecha despues que habia instituido el sacramento augusto de nuestros altares; despues que habia dado á sus Apóstoles su cuerpo y su sangre en alimento. El Padre estaba en Je-

(1) Id. XVII, 12.

sucristo; Jesucristo en sus discípulos, á quienes se habia comunicado en la sagrada Comunión; entonces es cuando exclama: «Yo en ellos y tú en mí, para que permanezcan en perfecta unidad: guárdalos, Padre Santo.» ¿Quién no descubre aquí el fin principal de la Eucaristía? ¿Quién no ve en ella el lazo de union que Jesucristo quiere establecer entre los hombres, para que se verifique en ellos lo que cantaron los ángeles en la campiña de Belén: «Paz á los hombres de buena voluntad?» (1) Así se cumple lo que siglos antes anunciara el Profeta: «Puso paz en todos tus términos, y para ello te alimenta con la grosura, con la flor del trigo (2).»

Entonces tambien, en esa noche memorable, y despues de haber llevado su amor hasta el último extremo, uniéndose al corazon de cada uno, es cuando Jesucristo ve la ocasion de hablar á sus discípulos de la caridad, de la union entre sí, del mútuo amor, pronunciando el sublime discurso que admiran y admirarán todos los siglos. ¿Cuándo mejor pudiera hacerlo? ¿Cuándo hacer el último esfuerzo para extirpar del corazon humano la raiz del egoismo, mejor que en esa hora en que, llenos de Dios, extasiados por la inefable dignacion de su Maestro, que se les daba en alimento, sentian en sí mismos la caridad de Dios? Entonces comprendieron los Apóstoles el admirable sentido de aquel precepto: «Amaos como yo os he amado (3);» entonces comprendieron el significado de aquellas palabras: «Tú en mí, Padre mio, y yo en ellos, para que sean uno con nosotros (4): el Padre y yo somos una misma cosa; vosotros y yo una misma cosa, como el alimento y el que lo toma. Como yo os he ama-

(1) Luc. II, 14.

(2) Psalm. CXLVII, 3.

(3) Joann. XIII, 34.

(4) Id. XVII, 23.

do, amaos los unos á los otros.» Uníos, sed una misma cosa, incorporando vuestros corazones, enlazando vuestros espíritus por el amor. ¡Oh, que es admirable, Señores, la conducta de Jesucristo! ¡Es sublime su desig- nio! ¡Es adorable el medio por el cual llega á su conse- cucion! Meditad esas palabras; admirad esa conducta; contemplad su resultado.

Jesucristo dijo: yo he venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (1). Esa vida, dice San Juan, es la caridad; el que no ama, permanece en la muerte; y nosotros sabemos que no permanecemos en ella, que hemos pasado de la muerte á la vida, en que amamos á los hermanos (2). Esa vida-caridad es Jesu- cristo; él lo dice: «Yo soy la vida (3).» El medio de lo- grarla el hombre es la Comunión. «Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre, no tendreis vida en vos- otros (4). Jesucristo ha venido para reunir los hijos de Dios, que estaban dispersos (5). Les da esta union, for- mando de todos un cuerpo con un solo espíritu en la fe y en el bautismo (6). Quiere que este cuerpo crezca en todas las cosas en el mismo Cristo, que es su cabeza; por el cual, todo el cuerpo, coligado y unido por toda coyuntura por donde se le suministra el alimento, obrando á proporcion de cada miembro, tome aumento para edificarse en caridad (7). ¿Cómo se mantiene este cuerpo, cómo por Cristo se le infunde el principio vital que le hace crecer y edificarse en caridad? El mismo

(1) Joann. X, 10.

(2) I Joann. III, 14.

(3) Joann. XIV, 6.

(4) Id. VI, 54.

(5) Id. XI, 52.

(6) Ephes. IV, 4, 5.

(7) Id. id., 16.

Apóstol lo dice: «Un pan, un cuerpo, somos muchos;» es decir, todos los que participamos de un mismo pan. «Y el pan que participamos, añade, ¿no es la comuni- cacion del cuerpo del Señor?» (1) Él es el que, alimen- tando á cada uno de los miembros, les hace concurrir á la edificacion comun por la caridad; él es el que, enla- zándolos consigo mismo, los une entre sí con union la más perfecta.

Es un axioma, Señores, que dos cosas que son igua- les á una tercera, son iguales entre sí: dos cosas igual- mente unidas á una tercera, están unidas entre sí. En la sagrada Comunión nos hacemos una misma cosa con Cristo. ¿Cómo podrán menos de ser una misma cosa y estar íntimamente unidos los cristianos que se unen á Cristo? Un cuerpo somos, dice el Apóstol, los que come- mos de un mismo pan y participamos de Cristo. Así como un pan se forma de muchos granos de trigo, tan unidos que no aparece distincion, y este pan se convier- te en el cuerpo de Cristo por las palabras de la consa- gracion: así los diversos participantes de este cuerpo, en unidad de fe, esperanza y caridad, se hacen un solo cuerpo con Cristo (2). Él es quien nos une, él quien nos estrecha; él es el humor vital de este gran cuerpo, que sin él no puede conservar su integridad y su vida. Jesu- cristo, en la sagrada Eucaristía, es el centro hácia el

(1) I Corinth, X, 17.

(2) Sicut unus panis ex multis granis conficitur, qui postea in corpus Christi, et per fidem, et per sancta verba quæ Christus suos docuit, con- vertitur; sic diversi participantes hoc corpore in unitate fidei, spei et charitatis unum corpus cum Christo sunt. (Guerric. Abb., Serm. 5 de Purif. B. M. V.) Quomodo panis multis ex granis compositus, sic coalescit, ut nusquam grana appareant, sed sint quidem ipsa, haud tamen eorum manifesta distinctio sit propter conjunctionem, ita nos quoque cum alii aliis, tum Christo jungimur. (S. Joann. Chrysost., Hom. 24 in expos. Epist. 1 ad Corinth.)

cual converjen todos los cristianos; es como betun divino, que une entre sí los corazones de los fieles; es la piedra angular que une ambos extremos (1); es la enseña gloriosa en torno de la cual se agrupan todos los fieles, adunando sus esfuerzos para llegar al término que él mismo les propone. Con razon le llama San Agustín Sacramento de la piedad, signo de la unidad, vínculo ó lazo de la caridad (2).

Acostumbraban los antiguos, para celebrar sus alianzas, ofrecer un sacrificio y celebrar un banquete sagrado, en el cual los aliados comían la carne de las víctimas; y siendo doctrina suya que, comiendo estas carnes, comunicaban con la Divinidad á quien se habian consagrado, daban á entender que ponían á Dios como lazo de union, como signo y principio, testigo y garante de la alianza, haciéndose cada parte una misma cosa con ella. Aun fuera de la religion, la gran prueba de amistad, la demostracion más frecuente de union en el mundo, es comunicarse el alimento, comer en una misma mesa y de una misma sustancia, como significando que es uno mismo el principio de vida de los amigos, y que se identifican mediante aquella comunicacion. Hé aquí lo que quiso Jesucristo en la sagrada Eucaristía: que alimentándose los hombres del mismo manjar divino, tengan el mismo principio de vida, el mismo origen de sentimientos, la misma sustancia, por así decirlo; y de este modo se enlacen y sean una misma cosa. Y Él es el único que produce este efecto. Los medios humanos de comunicacion para la comida, obran solo directamente sobre el cuerpo; la comida material no obra sobre el co-

(1) Act. Apost. IV, 11.

(2) O Sacramentum pietatis, ò signum unitatis, ò vinculum charitatis! (S. August., Tract. 26 in Joann.)

razon: si algo hay en este, es por el espíritu con que aquella se celebra. En la sagrada Comunion no sucede así. Jesucristo se comunica al corazon; obra directamente sobre él; y esta obra de la caridad divina sobre los corazones, difunde la caridad en todos los que de él se alimentan. Allí es donde los hombres, á quienes enlaza la fe por la unidad de origen y de destino, se estrechan por la unidad de espíritu y de vida.

Fijad los ojos en la Sagrada Mesa: hombres de todas clases y condiciones se agrupan en torno de ella, realizando la sublime igualdad de los hombres delante de Dios, única posible. El hombre de la inteligencia y el hombre del trabajo; el que viste púrpura, y el que apenas mal cubre su cuerpo con rústica tela, todos son llamados á la vez, y á la vez concurren todos; el mismo manjar se les sirve, el mismo pan comen; á todos les dice Jesucristo: «Tomad y comed, este es mi cuerpo (1).» A todos dice: «Vosotros estais en mí y yo en vosotros; somos una misma cosa, vivimos una misma vida (2).» Esos hombres se levantan, y en santo recogimiento contemplan el amor de Dios, que en ellos ha hecho cosas grandes; y en su espíritu se forman ideas sublimes. Dios está en mí, dice el cristiano: tengo á Jesucristo en mi corazon, le siento en mi alma, se me ha dado en alimento, porque me ama; me inunda de amor; él es mi vida, él es mi todo. *¿Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi?* (3) Recójese más en su espíritu, y espera en silencio que Dios deje oír su voz, sin ruido de palabras, allá en el fondo del corazon (4): ya la per-

(1) Matth. XXVI, 26

(2) Joann. VI, 57.

(3) Psalm. CXV, 3.

(4) Osee, II, 14.

cibe, porque no se hace esperar; y esa voz le habla, como grabando en el corazón estas palabras: «Si me amas, ama á tus hermanos; este es mi precepto: que os améis mutuamente (1).» Sí; yo amo, yo amo, responde el hombre fiel. ¿Cómo no amar, si Dios lo quiere? ¿Cómo no amar, si Dios lo pide? ¿Cómo no amar, si Dios lo manda? ¿Cómo no amar, si mi corazón está lleno del amor de Dios, que me apremia, me precisa á amar? Dirije una mirada en torno suyo, la extiende por la fe á todo el mundo, y exclama: Hé aquí hombres que también tienen á Dios en su corazón. El que ama, y por su amor se ha unido á mí, también los ama á ellos, y por amor se les ha unido como á mí. Ellos le aman, y por amor han venido á unirse á él. ¿Cómo no amaré yo á los que Dios ama, y á los que aman á Dios? ¿Cómo no me uniré á los que están unidos á Dios, como yo me siento unido? ¡O amor! ¡O caridad! O Dios-Caridad! Dios, lazo que nos unes, yo amo á los que tú amas; yo amo á los que te poseen; yo amo á los que te buscan á ti y á ti se unen. Os amo, hermanos. Somos hermanos, somos una misma cosa: unámonos, amémonos, confundámonos en un solo ser, en un solo corazón. Sea uno mismo nuestro interés, una misma nuestra gloria.

No son ideas abstractas: no son ideas de una imaginación exaltada por el misticismo: los hechos responden, y la lógica de los hechos es irresistible. Nada hay que descienda tanto al terreno positivo de la práctica, como la caridad. Los primeros fieles, dice el libro de los Actos Apostólicos, perseveraban constantes en la fracción del pan, es decir, en la sagrada Comunión; y la multitud de los creyentes era un solo corazón, una sola alma (2), y

(1) Joann. XV, 12.

(2) Act. Apost. IV, 32.

todos atendían á las necesidades de todos. Ved cómo se aman, decía Juliano Apóstata. La caridad perfecta no pertenece sino al Catolicismo; fuera de él no se encuentra, dice Voltaire. Algo hay, pues, en los Católicos, que no tienen los demás; algo que los une y les infunde la caridad. Sí, algo hay; es la Eucaristía. Dios, que por amor se da al hombre, para que el hombre ame á su hermano; Dios, que por amor se une al hombre, para que el hombre por amor se una á sus hermanos, y unidos vivan felices.

Y bien, hermanos: lamentamos el estado de división de los pueblos, y los políticos discurren en vano sobre sus causas y sobre sus remedios. Uno y otro descubre el Catolicismo. Desde que el hombre se separa de Dios, no se halla sino á sí mismo; desde que el hombre no se une á Dios, no se adhiere sino á sí mismo; á medida que los hombres se apartan de la Eucaristía, se enfrian los corazones, el egoísmo crece, la discordia aumenta, la disolución amenaza. Roto el lazo de unión, la unión es imposible. Que los pueblos vuelvan á Jesucristo; que vuelvan á alimentarse de la Eucaristía con la frecuencia y el amor que Jesucristo desea, y la vida de Dios se manifestará, como dice San Pablo, en nuestra carne, en nuestras acciones (1). Los hombres se estrecharán, se amarán, volverán á ser un solo corazón y una sola alma; y en perpétua alianza, harán desaparecer, hasta donde es posible en la tierra, los males de la sociedad. Sin caridad no hay unión; sin Eucaristía no hay caridad.

Conocemos el mal, conocemos el remedio; apliquémoslo á la sociedad enferma, y sanará. Lleguémonos con frecuencia al Altar Santo; y cada uno, uniéndose á Je-

(1) II Corinth. IV, 11

sucristo, restablezca en su corazón el imperio de la caridad, destronando al disolvente egoísmo. En la vida privada y en la vida pública; en el seno de la familia y en el seno de la sociedad, mirémonos todos como hermanos: amémonos como tales; obremos la justicia; vivamos de la caridad, uniéndonos unos á otros, sacrificándonos unos por otros. Nuestro interés sea la gloria de Dios y el bien de la sociedad: para nosotros, solo la parte que nos alcance del bien comun. De este modo seremos como un solo cuerpo en el orden de la sociedad, como un solo cuerpo en el orden de la religion, y lograremos la felicidad temporal y la felicidad eterna.

SEPTIMO SERMON.

La caridad, como donacion y sacrificio. La Eucaristia, estimulo, sosten y recompensa de esta union y sacrificio.

Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.

(Joann. XIII. 34.)

CONTINUEMOS, Señores, nuestros estudios sobre la caridad. Es tan vasto el círculo á que se extiende, son tan hermosas y variadas sus fases, son tan felices y magníficos sus efectos, que ella sola pudiera darnos materia para todos los discursos de estos santos ejercicios. Basta decir que el Catolicismo es amor, es caridad; que esta comprende todas las relaciones del hombre con Dios, consigo mismo y con los demás hombres; más aún, que es la vida del mismo Dios (1), y el lazo que estrecha á las Divinas Personas en su unidad (2), para conocer que la ciencia de la caridad es inagotable é infinita. Ella forma la supereminente ciencia de Cristo, que ambicionaba

(1) I Joann. IV, 26.

(2) *¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate, summam et ineffabilem illam conservat unitatem, nisi charitas? (S. Bern. Epist. 11, ad Guiconem.)*